

Semiótica y psicoanálisis. Hacia un modelo de los comportamientos y discursos de los adolescentes

Ivan Darrault-Harris
Universidad de Limoges

Traducción de Verónica Estay Stange

En atención al lector poco o incluso nada familiarizado con la aproximación que hemos comenzado a proponer desde hace un decenio, indicaremos brevemente sus presupuestos y principios.

1. Un recordatorio sucinto

El punto de vista ethosemiótico pertenece a la semiótica y, más precisamente, a la de la llamada Escuela de París,¹ fundada por A. J. Greimas en la década de los sesenta. En aquella época, esta semiótica se fijó como objetivo una teoría general del engendramiento de la significación en los discursos verbales y no-verbales. Ello explica la extensión progresiva y considerable de su campo de investigación: partiendo de los discursos de la literatura oral (mitos y cuentos), pasando enseguida muy rápidamente a la literatura escrita (producida por un sujeto individual y ya no colectivo), la semiótica llegaría a abordar discursos de manifestación no-verbal: la pintura, el dibujo, la arquitectura, la mú-

¹ Cf. J.-C. Coquet, (ed.) *Sémiotique. L'École de Paris*, Hachette, Paris, 1982.

sica..., los cuales entraron en su campo de investigación. Casi paralelamente, la semiótica greimasiana se propuso analizar también los discursos sincréticos, aquellos que movilizan conjuntamente lo verbal y lo no-verbal y, en el seno de lo no-verbal, sistemas semióticos múltiples como el cine y el teatro, pero también los rituales y las ceremonias.

Con este último ejemplo nos desplazamos hacia el estudio de las prácticas sociales, comportamientos y discursos que ya no son el resultado de una puesta en escena, y que contienen una parte nada despreciable, incluso importante de espontaneidad y por lo tanto de imprevisibilidad.

Cuánto camino recorrido, como podemos ver, desde el estudio de los seres y los actos "en papel", como se refería Greimas a aquello que aparece en los textos, hasta la aproximación audaz a los actos realizados, a los discursos proferidos por sujetos, actores de carne y hueso.

Fue en ese momento de la investigación semiótica que pudimos proponer la extensión del campo de investigación hacia comportamientos y discursos humanos espontáneos, no regidos por un enunciador (director de escena, maestro de ceremonia, etc.).

Preocupados por analizar estos comportamientos y discursos en el seno de un cuadro bien delimitado y normado, intentamos, desde los años ochenta, probar la validez del modelo semiótico de análisis del discurso verbal y no-verbal confrontándolo con el espacio terapéutico, laboratorio "natural", a nuestros ojos, privilegiado.

En nuestro interés por observar y describir sesiones de terapia donde lo no-verbal y lo verbal se manifestaban de manera equilibrada, nos volvimos entonces hacia sesiones de terapia psicomotriz, una vez que el encuentro decisivo con J. de Ajuriaguerra nos hubo convencido del gran interés de esta aproximación a los problemas y patologías del niño.²

² Cf. nuestra obra *La pratique psychomotrice* (en colaboración con B. Aucouturier y J.-L. Empinet), Doin, Paris, 1984 (con un prefacio de J. de Ajuriaguerra).

En esa época, habíamos dado el nombre de *psicosemiótica* a esa rama de la semiótica que tratábamos de construir, respondiendo con ello a una solicitud de Greimas, quien, desde 1979, deseaba su advenimiento.³

2. Por una ethosemiótica

Si empleamos hoy el término englobante de ethosemiótica, lo hacemos a favor de un cierto número de cambios que han afectado profundamente la semiótica, no sólo en su seno mismo, sino también en sus relaciones con las nuevas disciplinas vecinas en ciencias humanas.

Proponer una semiótica del comportamiento humano verbal y no-verbal, en efecto, se ha hecho posible:

a) por el abandono de una *episteme* estructuralista estricta, que tomaba partido por una eliminación premeditada del sujeto de la enunciación para no considerar sino lo enunciado, resultado recortado de su proceso de producción y como "suspendido" en el aire. Fue E. Benveniste quien, en los años setenta, bajo la influencia de la fenomenología (M. Merleau-Ponty fue su colega en el Colegio de Francia), fundó una lingüística de la enunciación y rehabilitó su sujeto, abriendo desde ahí (Paul Ricoeur es también un muy importante actor en este proceso) la era epistemológica del post-estructuralismo, que dio lugar, por ejemplo, al *estructuralismo dinámico* de Jean Petitot;⁴

b) por la *resurrección* (una vez rehabilitado el sujeto responsable de la enunciación verbal y no-verbal) *del cuerpo* (percibiente, móvil) como *instancia de base* de esta enunciación. Es ahí donde se encuentra nuestra ethosemiótica, por una parte, con

³ Ver A. J. Greimas y J. Courtés, *Sémiotique: dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Hachette, Paris, 1979, entrada "psychosémiotique" [Versión en español: A. J. Greimas y J. Courtés, *Semiótica: diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Gredos, Madrid, 1990, entrada "psicosemiótica"].

⁴ Consultar J. Petitot, *Morphogenèse du sens*, tomo I, PUF, Paris, 1985.

la etología (volveremos sobre ello) y, por otra, con las ciencias cognitivas que se interrogan hoy en día sobre el proceso de “embodiment”,⁵ o sea la encarnación de los procesos semióticos.⁶ Nos hará falta, evidentemente, precisar nuestra relación con este movimiento que absorbió casi todo el espacio actual de las ciencias humanas, para indicar claramente nuestra identidad ethosemiótica, teórica y metodológica.

Pero aquello que constituye el punto nodal de nuestra presente contribución, es la tentativa de mostrar la existencia de una intersección conceptual, y aun más, de una posible y heurística articulación con el psicoanálisis.

En efecto, la ethosemiótica se reúne plenamente con el psicoanálisis en la reafirmación de una ausencia de vínculo de causalidad lineal entre los procesos orgánicos (y, por lo tanto, neuro-fisiológicos), los procesos psíquicos y los comportamientos. En cuanto a los procesos de producción semiótica (significaciones no-verbales y verbales), si bien tienen como instancia de base el cuerpo implantado en el espacio, en el tiempo y en su relación con el Otro, movilizan en el mismo grado lo *psíquico*, esa preciosa “realidad” gracias a la cual Freud pudo, en sus inicios, distinguir radicalmente el psicoanálisis a la vez de la medicina y de la psicología.

Lo que quisiéramos precisamente mostrar, a partir del ejemplo privilegiado de los comportamientos y los discursos de los adolescentes, es la especificidad de las relaciones que la ethosemiótica vislumbra, con la ayuda determinante del psicoanálisis, entre el nivel *ab quo*, el del cuerpo y de lo psíquico en mutación, y el nivel último, *ad quem*, de las significaciones manifestadas, realizadas en los discursos verbales y no-verbales —con frecuencia poco inteligibles— que los adolescentes nos dejan ver y escuchar.

⁵ Neologismo francés proveniente del término inglés “body” (cuerpo) y traducible al español como “corporalización”.

⁶ Tal es el tema central del seminario que coordinamos desde hace varios años con J. Petitot, M. Costantini y J.-J. Vincensini en la EHESS de París.

Nos detendremos mucho tiempo sobre la mutación de la instancia de base, el cuerpo, pues no somos especialistas en el proceso fisiológico de la pubertad, que es de una extrema complejidad y comporta todavía amplias zonas inexploradas.⁷ No obstante, revelaremos que la revolución que afecta al cuerpo, volviéndolo sexualmente maduro y apto para la procreación, es *única* en la existencia humana:⁸ período, pues, de excepcional interés para trabajar sobre las relaciones cuerpo/producciones semióticas. Nos parece igualmente pertinente la *discontinuidad* del proceso de crecimiento, tanto en el nivel de las descargas hormonales mismas, como en el nivel, por ejemplo, del incremento acelerado de estatura (un adolescente puede crecer unos 11 cm. en menos de un año). La pubertad, en fin, produce efectos corporales invisibles y otros claramente visibles, morfológicos, epidérmicos, espectaculares: así, la discontinuidad, incluso el desequilibrio, del crecimiento de los miembros, puede producir, lo sabemos, curiosas siluetas transitorias.

Si abandonamos el cuerpo propiamente dicho para abordar el espacio psíquico, encontramos en el adolescente la emergencia imprevisible —y con frecuencia independiente de situaciones efectivamente vividas— de arrebatos emocionales a la vez intensos e inéditos, lo cual acrecienta otro tanto su carácter indecible. Hará falta volver sobre este problema, agudo durante la adolescencia, de la gran dificultad para poner en discurso verbal los afectos.

Por otra parte, es usualmente admitido que el tiempo de la adolescencia, psíquicamente (si bien el símil con la transformación del púber es evidente), es un tiempo de búsqueda de identidad que tiene como trasfondo el futuro duelo por una identidad que se perderá: aquella que se sostenía sobre el cuerpo y el psiquismo del niño.

⁷ Hasta donde sabemos, se ignora todavía el factor desencadenante del proceso pubertario.

⁸ Apenas es posible relacionarla con el período neonatal de puesta en funcionamiento del cuerpo, particularmente en el plano sensorial.

Aspirando, pues, a la construcción de un modelo ethosemiótico de los comportamientos y los discursos de los adolescentes, nuestra hipótesis central es doble:

1) en el plano de la *forma* misma del modelo, no puede tratarse sino de una estratificación de niveles, desde el nivel de base constituido a la vez por el cuerpo y por el psiquismo (en el sentido de la “realidad psíquica” freudiana) hasta el nivel de superficie donde se perciben las producciones semióticas no-verbales y verbales; las relaciones entre niveles superpuestos —de la profundidad a la superficie— no son relaciones de causalidad, sino de conversión semiótica;⁹

2) en el plano del contenido modelizable, los niveles básicos estarán, pues, constituidos al mismo tiempo por el *cuerpo* y por el *psiquismo*, dos entidades cuya articulación quedará por definirse, al ser constituyentes de la instancia de enunciación. Los niveles superiores del modelo deberán provocar la aparición de la distribución de las “elecciones” semióticas de los adolescentes entre la esfera de lo verbal y de lo no-verbal.

El modelo debería permitir la formalización del *engendramiento específico de la significación* en el adolescente, respetando siempre la variedad de estilos individuales y socioculturales posibles.

Desde ahí se ofrecerán también a la lectura los acontecimientos aleatorios, trastornos e incluso patologías de este engendramiento de significación según, por ejemplo, el corto-circuito de uno u otro nivel o aun las perturbaciones de conversión semiótica entre niveles: la relativa indecibilidad de los afectos ilustrará este último punto.

⁹ Un poco a la manera de las relaciones que dan cuenta de las transformaciones entre el nivel latente y el nivel manifiesto del sueño.

3. La articulación semiótica cuerpo/psiquismo

Dentro de la perspectiva ethosemiótica, que es la nuestra, un primer problema por resolver reside en la necesidad de articular *cuerpo* y *realidad psíquica*, los cuales constituyen lo que hemos llamado la instancia de base de la enunciación verbal y no-verbal del sujeto.

Si estas entidades, ya lo hemos recordado, están comprometidas en un proceso de transformación (con abandono, por tanto, de la forma y del contenido anteriores), ellas no son presumiblemente menos heterogéneas, y toda hipótesis de articulación entre las dos corre el riesgo de regresar a una etiología biológica del psiquismo y, más allá, del comportamiento. Ahora bien, se sabe que la investigación de los sustratos fisiológicos del comportamiento constituye un rasgo nodal de la etología, ciencia de la cual la ethosemiótica pretende distinguirse con claridad.

Es el psicoanálisis el que ofrece la elegante solución a este primer problema, con el concepto decisivo de *fantasma*, que permitió a Freud, en 1897, abandonar su teoría inicial de la seducción y plantear simultáneamente la existencia de una “realidad psíquica”: giro decisivo en el nacimiento del psicoanálisis. Reconozcamos aquí nuestra deuda con la lectura penetrante y tan sugestiva que P.-L. Assoun hace de Freud en el primer tomo de *Corps et Symptôme (La Clinique du corps)*.¹⁰

Freud, en los textos citados por el autor, se pregunta sobre las relaciones entre el síntoma orgánico (que la medicina reduciría a la enfermedad orgánica), las transformaciones introducidas en el cuerpo con esta ocasión y la eclosión de la neurosis, *objet de déni et signe d'impuissance pour la médecine* (p. 34) [objeto de negación y signo de impotencia para la medicina]

¹⁰ P. L. Assoun, *Leçons psychanalytiques sur Corps et Symptôme*, tome 1: *Clinique du corps*, Anthropos, Paris, 1997.

Il arrive assez fréquemment que, chez des personnes qui sont disposées à la névrose, sans souffrir précisément d'une névrose déclarée [littéralement: parvenue à la floraison (floriden Neurose), P.-L.A.], une transformation corporelle (Körperveränderung) —par inflammation ou lésion— éveille le travail du symptôme, de telle sorte que ce symptôme donné par la réalité se fait le représentant de tous ces fantasmes inconscients qui guettent l'occasion de s'approprier un moyen d'expression. (p. 35)

[Ocurre con frecuencia que, en las personas predispuestas a la neurosis, sin sufrir precisamente de una neurosis declarada [literalmente: llegada a la floración (*floriden Neurose*), P.-L. A.], una transformación corporal (*Körperveränderung*) —por inflamación o lesión— despierta el trabajo del síntoma, de tal suerte que ese síntoma dado por la realidad se transforma en el representante de todos esos fantasmas inconscientes que acechan la ocasión para apropiarse de un medio de expresión].

P.-L. Assoun comenta:

L'événement du corps organique produit donc l'éveil du symptôme qui 'sommeillait'. On se souvient de l'image des chiens qui dorment: c'est ici l'événement organique qui produit le déclic et fait sortir la névrose de sa torpeur. (p. 36)

[el acontecimiento del cuerpo orgánico produce, pues, el despertar del síntoma que 'dormitaba'. Recordamos la imagen de los perros que duermen: aquí, es el acontecimiento orgánico lo que desencadena y hace salir a la neurosis de su somnolencia].

Y más adelante:

La maladie (d'organe) fait la névrose, comme l'occasion fait le larron —et le bénéficiaire, ici, c'est le fantasme, dont le commanditaire n'est autre que le "desir" (Wunsch)! (p. 37)

[La enfermedad (de órgano) hace la neurosis, como la ocasión hace al ladrón —y el beneficiario, aquí, es el fantasma, cuyo comanditario no es otro que el 'deseo' (*Wunsch*)!].

Pero ¿cómo pasar —se nos objetará— de un análisis de lo que Ferenczi denominaba justamente "patoneurosis" a la ethosemiótica del comportamiento del adolescente, sin caer en una injustificable patologización del período de la adolescencia, sugiriendo alguna "neurosis de crecimiento"?

En primer lugar, podemos responder que para Freud la neurosis, mucho más que una patología, es una forma de existencia psíquica. Ya que en el adolescente no hay lesión, inflamación, desgarradura corporal, interpretadas como "efecto de castración real" (p. 37), existe la necesidad de asumir una pérdida irremediable, aquélla del cuerpo infantil, y de acoger y hacer suyo un nuevo cuerpo. Añade Assoun:

...quelque chose de 'neuf' qui arrive au corps doit être régulé, qui mérite une position originale, entre 'névrose de transfert' et 'névrose narcissique' (p. 38).

[... algo 'nuevo' que le sucede al cuerpo debe ser regulado, algo que amerita una posición original, entre 'neurosis de transferencia' y 'neurosis narcisista'].

Así, nos sentimos autorizados a basarnos en el análisis freudiano de ese drama con tres personajes (el/los fantasma/s, los síntomas orgánicos y el trabajo del síntoma) para pensar la relación fundamental entre el cuerpo del adolescente en transformación y la realidad psíquica en la especie del *fantasma*, el cual encuentra en la mutación corporal un plano de expresión inesperado. Y el semiotista no puede sino ser sensible:

— al hecho de que sobreviene una puesta en relación dramática entre esas instancias orgánica y psíquica del sujeto, suerte de mediación homogeneizante;

— al advenimiento de la *semiosis*:¹¹ el fantasma "al acecho" es una suerte de contenido desprovisto de expresión, una entidad

¹¹ Operación semiótica de junción significante entre el significante y el significado.

semiótica mutilada y condenada a la existencia virtual. El fantasma accederá a la realización semiótica plena cuando, con ocasión de una expresión corporal por aprehenderse, pueda constituir ese todo semiótico de la neurosis.

Freud, recuerda Assoun, se refiere de manera muy general a los fantasmas, sin decir nada de su contenido.

En el adolescente, ¿no sería posible entrever algún fantasma recurrente que se ha amparado en el cuerpo en transformación, para advenir a la existencia?

Sin olvidar la lección de Freud, que confiere al fantasma una existencia transversal (del orden del inconsciente, del pre-consciente y del consciente), hemos encontrado en el adolescente múltiples manifestaciones de un fantasma que hemos denominado, hace unos diez años, “fantasma de auto-engendramiento”.¹² Estas manifestaciones, lo veremos, se presentan en las especies tanto del *acto* como del *decir*, de lo *no-verbal* como de lo *verbal*, hasta tal punto el período de la adolescencia es, a nuestros ojos, un tiempo en que se impone la pregnancia de la alternativa *actuar/decir*.

El *fantasma de auto-engendramiento* puede, pues, constituir la base generativa (en el sentido semiótico del término) tanto de una conducta arriesgada como de un escrito autobiográfico íntimo. Pero el fantasma, una vez más, debe la activación de su existencia al cuerpo en mutación, en el permanente “devenir otro”.

De ahí la búsqueda de identidad en la adolescencia, que se nos muestra como un esfuerzo considerable de asunción e incluso de control de transformaciones (corporales, perceptivas, emocionales, afectivas, cognitivas, etc.) que advienen al sujeto.

¹² Cf. nuestro capítulo “Énonciation écrite et fantasme d’auto-engendrement à l’adolescence”, in AFAT, *Adolescence, reencontré de l’écriture*, Eres, Toulouse, 1994. Ver igualmente nuestro artículo “L’Énonciation adolescente”, *Adolescence*, 1999, 1, 223-233.

4. Del uso de tal modelo

Nos queda aún por ofrecer algunos breves ejemplos de la operatividad de este modelo en construcción.

Hemos entendido que la instancia de enunciación del sujeto adolescente es inestable, a causa de la mutación corporal, del advenimiento imprevisible de afectos inéditos y de las tentativas de asunción psíquica (más o menos eficaces) del devenir tan poco controlable del sujeto.

Si aceptamos la importancia y la pertinencia, en el adolescente, del fantasma de auto-engendramiento, que encuentra expresión en la mutación pubertaria, podremos comprender, por ejemplo, ciertas *conductas arriesgadas* del adolescente como un intento de realización de la secuencia fantasmática, donde el dúo parental sería destronado, abandonado, para permitir al fin, como lo escribe una adolescente, “darse a luz (*sic*)”.¹³ Correr algún riesgo mortal constituye una secuencia de actos, en este sentido, ejemplar: así, por ejemplo, los adolescentes heroinómanos se inyectan, algunas veces, conscientemente una sobredosis para absorberla inmediatamente con la jeringa (juego de la “tirette”¹⁴): “me mato, me vuelvo a la vida”: se corre así el riesgo de matarse para darse a luz y para, de algún modo, reiniciar su existencia. Y pasarse un semáforo en rojo, en moto, de noche, sin luz ni casco, es un escenario figurativamente diferente pero sintácticamente idéntico. En un caso y en otro, el “latigazo” del reinicio tendrá un efecto de corta duración y la repetición, en escalada (jaun en lingüística la sinonimia es imposible!), impondrá su ley. Muchos de los intentos de suicidio en el adolescente se nos muestran como la consecuencia de la desesperación del auto-engendramiento realizado: si presidir definitivamente su nacimiento es imposible, en revancha, poner fin a su existencia está al alcance de todos y cada uno.

¹³ Ver nuestro estudio semiótico “Mort et résurrection d’un sujet : un exemple d’émonciation écrite”, *Art et Thérapie*, 26-27, 1988, 75-84.

¹⁴ En español: “estira y afloja” (N. del T.).

Afortunadamente, es bien sabido, la inmensa mayoría de los adolescentes no se vuelve hacia el acto de alto riesgo para intentar una imposible resolución de la programación fantasmática.

Existe otro recorrido posible, otra conversión semiótica del fantasma, radicalmente distinta. Es justo ahí donde situamos el fenómeno del interés súbito y original que conduce al adolescente a la escritura o, para ser más precisos, al discurso autobiográfico. Es el descubrimiento de la función de “espejo” de la escritura aquello que fascina al adolescente, no el espejo real que le devuelve las erupciones cutáneas desmoralizantes, sino el espejo simbólico que, como en los cuentos, es un testigo narcisista fiable, eufóricamente deformante.

Si se mira más de cerca, el discurso autobiográfico permite al adolescente realizar simbólicamente lo que le dicta peligrosamente el fantasma, si por azar se impone el paso hacia el acto: el enunciador adolescente, en el escrito íntimo (o en la expresión oral íntima de la tan larga conversación telefónica con un amigo cercano) proyecta un “yo” de cuya existencia él es responsable, “yo” que es él mismo pero también, como nos lo enseñó Rimbaud, un “otro”. Bella deriva simbólica del fantasma, acompañada, esta vez, de apaciguamiento y decisión.

Por lo tanto, desde hace tiempo pensamos que, para los adolescentes en busca de identidad, en la tentación del acto, el acercamiento a la escritura es una vía de notable resolución, como ocurre en los talleres de escritura que les son propuestos aquí y allá, en los barrios difíciles, en las pensiones e incluso en las prisiones.¹⁵

Pero también es patente que entre la vía de la conversión semiótica del fantasma en el paso al acto pleno de riesgos (buscarse fracasos escolares forma parte de este itinerario de conver-

¹⁵ Hemos podido desarrollar una reflexión y obtener experiencia sobre los talleres destinados a los adolescentes, incluso dentro de los establecimientos escolares, gracias a la colaboración de escritores profundamente involucrados en este enfoque: François Bon, Jacques Serena, Valère Novarina.

sión) y la que conduce del fantasma hacia las prácticas de escritura,¹⁶ existen múltiples formas intermediarias, transitorias, si el adolescente tiene el genio de situarse en este intervalo.

Así, el cuerpo puede ser él mismo considerado como una superficie de inscripción: tatuajes, *piercings*, escarificaciones, marcas, signos reversibles o indelebles serían los indicios de una escritura que impone al cuerpo la marca de un control, incluso de una advertencia: hacer suyo este cuerpo que muda y abandona la antigua envoltura infantil. Ilusión del control de un cuerpo que intenta escaparse de todas partes.

De la escritura sobre sí al *graffiti* no hay más que un paso: el *graffiti* es siempre una especie de firma repetida en frisos —signo logogramático que busca típicamente el adolescente y que lo representaría entero: el *graffiti* reúne el acto simbólico de escritura y el acto casi siempre delictivo, arriesgado, incluso peligroso; el *graffiti* no dice nada del mundo ni aun del sujeto: es la marca de una búsqueda de pura enunciación, casi desprovista de enunciado.

Del *graffiti* eventualmente rabioso, el adolescente es libre de pasar a la injuria, “graffitaje verbal” del otro, justamente *acto de lenguaje* (que puede también constituir un delito) que reúne magníficamente el *decir* y el *actuar*.

Estas formas semióticas intermediarias (y particularmente las prácticas de “escritura” sobre su propio cuerpo) son también ejemplos del fenómeno —para nosotros central en la adolescencia— de conversión semiótica de un *habla* con frecuencia imposible, en *acto de ostensión* con ayuda del cuerpo: puntuación enfática del *piercing*, que subraya las entradas sensoriales¹⁷ del

¹⁶ Haría falta indicar aquí que la escritura no podría constituir la única vía de resolución: toda forma semiótica que permita dar cuerpo simbólico al auto-engendramiento debe retenerse: así, por ejemplo, la práctica del juego dramático, del teatro.

¹⁷ ¿Cómo no evocar aquí el juego infantil que consiste en mostrar las partes del rostro según la solicitud ritual del adulto?

cuerpo (orejas, ojos, nariz, labios...) pero también muchas veces el ombligo, por donde entró la vida fetal.

Pero, finalmente, para permanecer en la esfera del lenguaje, si el lingüista es sensible a la extrema rareza de los medios de expresión lingüística de los afectos en los sociolectos de los jóvenes (y muy particularmente en el francés contemporáneo de las ciudades¹⁸), presta mayor atención, sin embargo, a la *creatividad lingüística* de los adolescentes, siendo esta creatividad para nosotros un fenómeno, nuevamente, de *conversión última* del fantasma de auto-engendramiento: el sujeto que simbólicamente se ha hecho a sí mismo (el *self-made man* ¿no es siempre el gran mito americano, adolescente, del éxito?) debe forjarse un idioma que muestre su identidad irreductible ante los significantes de la lengua adulta.

Y la aceleración de la mutación corporal, del crecimiento, puede verse convertida en una extrema aceleración del tiempo de la lengua, de la diacronía: hacen falta decenios, aun siglos, para que un vocablo entre, viva y salga de la lengua para sumarse al cementerio de las palabras, los diccionarios históricos. Un hallazgo adolescente: una *verlanisation*¹⁹ (dégage de là!²⁰ < gagedédale!), una expresión sometida al apócope (un “demtroche” < “demoulé trop chaud”²¹), una metáfora (una chica atractiva es, en el momento en que escribimos, un “salmón”; conocíamos ya un “atún”, que es justo lo contrario) tienen un tiempo de vida muy limitado, para la desesperación de los adultos, condenados a no utilizar sino una lengua adolescente ya muerta.

¹⁸ Ver el diccionario J.-P. Goudaillier, *Comment tu tchatches!*, Maisonneuve et Larose, Paris, 2001.

¹⁹ Este procedimiento del argot francés consiste en invertir las sílabas que componen ciertas palabras (N. del T.).

²⁰ Esta expresión, que literalmente significa “despeja ahí”, es equivalente a la expresión “borrarse del mapa” en español (N. del T.).

²¹ Literalmente, esta expresión se refiere a algo (un pastel, notablemente, dado el campo semántico culinario al que hace alusión) que ha sido “sacado del molde demasiado caliente”. En el argot francés, esta expresión se utiliza para referirse a una persona “mal hecha” o “inacabada” desde el punto de vista físico (N. del T.).

En resumen, todo ocurre como si el adolescente, confrontado al mismo tiempo a la revolución corporal de la pubertad y a la transformación psíquica del “púber”, viviera también y necesariamente una importante perturbación de la producción de significación verbal y no-verbal, que supone desequilibrios, lagunas, imposibilidades, corto-circuitos, procesos de compensación y de conversión.

Y son estas conversiones sutiles, inesperadas, del cuerpo y del psiquismo, aquello que hace falta encontrar en los comportamientos y discursos de los adolescentes, al término del recorrido semiótico con frecuencia inédito, complejo, de su engendramiento.

Esta búsqueda de una modelización comportamental —demasiado rápidamente esbozada— basada en gran medida en el psicoanálisis, debe evidentemente servir a la lectura, a la comprensión de las producciones semióticas multiformes de los adolescentes. Esta empresa adquiere un sentido particular dentro de una actualidad política y mediática muchas veces tachada de renuncia semiótica: ¿para qué perder el tiempo intentando comprender lo insoportable, y por lo tanto lo incomprensible, como la violencia *a priori* desprovista de sentido, si es tan simple, rápido y eficaz organizar represión y castigo, sacrificando la búsqueda del sentido?

A través de tales medidas los adultos se internan en la imposibilidad de pensar, de concebir y de llevar a cabo tanto la prevención, por ejemplo, de las conductas arriesgadas, como la justa sanción de los actos transgresores.

Éticamente, el adulto tiene el deber de leer, de otorgar sentido al decir y al hacer de los adolescentes, abriendo las vías, invisibles o rechazadas, de las conversiones semióticas resolutivas. En consecuencia, indudablemente él tiene también, sobre todo, el deber de comunicar al adolescente el amor por lo simbólico.

Nuestra ethosemiótica, modestamente, tiene la ambición de contribuir a ello.